



## EN TORNO DE LA MEMORIA Y DEL FUTURO

Hugo Zemelman Merino

### RESUMEN:

*Esta reflexión gira en torno a una constante que nos ofrece el desarrollo histórico de los países de América Latina, que parecieran estar constantemente destruyéndose para reinventarse. Sólo en el plano de la creación cultural se podría apreciar todavía una cierta continuidad.*

*Si la realidad sociohistórica no se construye, si no hay un esfuerzo individual o colectivo, para construir realidades, en la dirección valórica que sea, no hay realidades. De ahí que en el centro de esta pregunta se sitúan otras: ¿cómo pensamos América Latina?, ¿para qué la pensamos?, ¿desde dónde la pensamos. Más desafiante aún: ¿tenemos necesidad de construir algo?, ¿tiene sentido construir algo?*

*Estas preguntas están directamente relacionadas con el papel de los intelectuales, por cuanto no podemos permanecer ajenos a lo que está sucediendo en nuestros países. El problema radica en tomar conciencia acerca de lo que pasó con el pensamiento: ¿pensamos realmente a nuestros países?, ¿los pensamos como una realidad con todas sus limitaciones o los inventamos?*

*América Latina es un continente plagado de discursos sin sujeto y de muchos sujetos que todavía no encuentran su discurso. Es el punto de partida y de llegada de esta reflexión.*

### ABSTRACT:

*This is a reflection on a constant offered by the historical development of Latin American countries, which seem to be constantly destroying each other in order to reinvent themselves. It is only at the level of cultural creation that a certain degree of continuity remains.*

*If sociohistoric reality is not constructed, and if there is no collective or individual effort to construct reality in any value direction, there is no reality. This gives rise to other questions: How do we conceive Latin America? What do we conceive it for? Where do we conceive it from? And even more challenging: Do we need to construct anything? Does constructing something make any sense?*

*These questions are directly related to the role of intellectuals, as we cannot remain indifferent to what is happening in our countries. The problem lies in becoming aware of what has happened to thought: Do we really think of our countries? Do we think about them as a reality full of limitations or do we invent them? Latin America is a continent full of speeches with no subject, and of many subjects who are still looking for their speech. Those are the starting and finishing points of this reflection.*

**L**a falta de continuidad de los países de América Latina, esa situación de destruirse e inventarse constantemente, que le llamaba la atención a F. Braudel, plantea una cuestión profunda en relación con las experiencias sociales y políticas de estos países. El plano donde todavía se podría apreciar una cierta continuidad es en algunas formas de creación cultural, como podrían ser sus creaciones literarias, pero no se aprecia en otros órdenes de la realidad. ¿Por qué se está constantemente interrumpiendo la construcción de la historia? ¿Por qué se olvida la memoria? ¿Acaso se olvida porque no se tiene interés en construir algún futuro? Ésa es la pregunta fundamental.

Algo que nos cuesta mucho asimilar, pero que está detrás, es entender que si la realidad sociohistórica no se construye, no es nada, que si no hay un esfuerzo individual o colectivo en la dirección valórica que sea, para construir realidades, no hay realidades. De ahí que en el centro de la pregunta se sitúe otra. Cuando nos preguntamos acerca de América Latina, ¿cómo la pensamos?, ¿para qué la pensamos?, ¿desde dónde la pensamos?, lo que está en el trasfondo es todavía más desafiante, ¿tenemos necesidad de construir algo? Lo que, a su vez, se vincula con la siguiente cuestión: ¿tiene sentido construir algo? Son preguntas valóricas que tenemos que asumirlas en el plano valórico, antes de darle forma en discursos organizados, sea en el plano teórico, sea en el plano ideológico.

Comienzan a surgir diferentes desafíos. ¿Qué es construir teoría en América Latina? ¿Se construyen teorías en América Latina? Quiero utilizar este espacio para formularme preguntas abiertas. No traigo respuestas: creo que sería un error traer respuestas. Hay que plantearse las preguntas porque pueden admitir muchas respuestas, si atendemos a los distintos contextos nacionales. No podemos confundir lo que es conocer teoría, conocer autores, con lo que es construir teorías, ¿en qué se diferencian? En que lo primero cae en los límites de la información, es decir, verificar que hay tal teoría, conocer tales autores, saber lo que dicen y poder aplicarlos.

Muchas veces en América Latina se entiende la construcción de la teoría como la aplicación de teorías construidas en otros contextos para otros propósitos. ¿Qué significa lo anterior?

Cuando uno analiza una teoría no podemos dejar de pensar que se construye de acuerdo a un contexto histórico cultural, como una forma de dar cuenta de opciones de construcción que se tienen planteadas desde el contexto. Las preguntas que cabría preguntarse son: ¿Puede esa lógica, mecánicamente, trasladarse a otros contextos como podrían ser los países de América Latina, desconociendo que responden a otras construcciones teóricas, a otras opciones que se tienen, por ejemplo, en Alemania o en Italia? ¿Si el ejercicio se hace mecánicamente el problema de las opciones de construcción en Argentina, en Uruguay o en Chile son equivalentes a las opciones que se tienen en Alemania o en Italia? Así planteado, implicaría saltarse la historia.

No es lo mismo reconocer posibilidades de construcción de realidades a partir de corpora teóricos propios de otros contextos y no de los nuestros. Cuando el científico social aplica teorías sin más, sin ninguna mediación cultural, en el fondo no construye teorías; lo que hace es atrapar la realidad que pretende comprender o explicar, en un conjunto de conceptos que pueden no tener ninguna pertinencia para esa realidad.

Es un problema sobre el que hay que reflexionar, que tiene una serie de implicaciones. En efecto, cuando nos planteamos la construcción de una teoría, ¿dónde está la cultura? Cuando nosotros construimos teoría, ¿está la cultura nuestra en esa construcción teórica? o ¿más bien, pretendemos que nuestras construcciones teóricas se hagan desde la exigencia de una especie de universalismo o cosmopolitismo como si la cultura, las estructuras concretas que nos están determinando y que fijan nuestros espacios de vida, no existieran, llegándose al absurdo de reemplazar el contexto histórico cultural por esos grandes constructos teóricos?

La cultura está fuera, lo que está determinando una deformación en la intelectualidad, en la inteligencia latinoamericana como es comenzar a inventar países, inventar realidades en función de ciertas lógicas de carácter universal, en circunstancias que la tarea del intelectual está precisamente en captar los fenómenos que tenemos delante, las problemáticas en lo que tienen de específicas, aunque esa especificidad no calce con ninguna teoría general.

Lo anterior se observa de manera muy clara en algunas disciplinas, en ciencia política y hasta en cierta antropología social; pero, sobre todo, en el discurso económico, discurso altamente abstracto que inventa países, que los modela en función de exigencias econométricas y donde las dimensiones culturales están completamente desconocidas. De lo anterior se deriva que en la medida en que esos modelos económicos, por muy correctos que sean en términos de una lógica formal o econométrica, no tengan en cuenta lo que aquí estamos llamando el contexto histórico cultural, estamos actuando en el vacío. No obstante, esto es relativo porque detrás de estos esfuerzos de teorizaciones donde no tiene presencia la historia, sí tienen presencia, lo que es parte del debate, determinados espacios sociales.

¿Qué quiero decir con esto? Que uno comienza a constatar que, por una parte, la cultura, la memoria de un país, está fuera de los esfuerzos de teorización, y están los analistas con una serie de instrumentos y de modelos, muchas veces sofisticados, pero que carecen de la pertinencia específica para la realidad concreta. Ello no ocurre en los países desarrollados, ¿por qué entonces lo hacemos en nuestros países?

La pregunta lleva de nuevo a pensar en esas viejas tesis que se habían planteado algunos sociólogos y antropólogos, especialmente mexicanos, cuando hablaban en los años 60 y 70 del colonialismo mental, que es peor que el económico. Hoy se aprecia ese colonialismo mental, esa pérdida de capacidad para enfrentarnos con nuestros problemas y andamos imitando modelos que no son aplicables. Con lo que no podemos entender la realidad, y lo que es más grave, no nos permiten reconocer opciones de construcción social.

Ahora bien, ¿por qué son importantes las opciones? Porque ocurre que si hay una herencia que nos está dejando el siglo XX y que hay que asumir en el plano de las ciencias, es, precisamente, que las ciencias que conciernen al hombre y a la sociedad ya no tienen garantía ninguna de que la historia contenga por sí misma el curso de un sentido. Es decir, la historia no asegura que se esté desarrollando en una dirección determinada.

Esto es importante entenderlo porque es un gran quiebre de parámetros que ha ocurrido en el mundo intelectual y en el mundo de las ideologías en los últimos quince o veinte años. Hasta hace un cierto tiempo, muchos en América Latina construían el conocimiento sobre la base de la premisa de que ese conocimiento tomaba sentido en la medida en que era parte de un gran metadiscurso que sostenía que había un desarrollo histórico que tenía una dirección más o menos precisa. Y esa dirección precisa era valórica; la historia era emancipatoria, la historia conformaba el desarrollo de la sociedad en un sentido positivo, de liberación de los hombres; pero, el siglo XX ha demostrado que no es así. ¿Qué nos está demostrando?

Nos está demostrando que la historia es caprichosa; sobre todo, incierta, que está fuertemente indeterminada, más de lo que se pensaba durante el siglo XX; la herencia optimista de siglo XIX duró hasta la mitad del siglo XX. ¿Se está comenzando con un cierto pesimismo? Se constata que no existe una garantía, un desafío salvador; que la posible salvación social, cultural y psicológica de la especie humana depende del propio esfuerzo de esa especie humana, o sea del esfuerzo de cada individuo y de los grupos por construir su realidad; si no la construyen, no cabe la queja de que otros impongan su propia concepción.

Ése es el gran desafío, y en ese marco, es donde hay que hacerse preguntas sobre América Latina y el papel que cumple el conocimiento social. Lo que da para enormes desarrollos, aunque en esta oportunidad nos limitemos a señalar problemas, no tanto en el plano teórico, como en el del esfuerzo del razonamiento.

Lo que estoy tratando de decir es que en este momento enfrentamos enormes exigencias en lo que se refiere a desarrollar nuestra capacidad de pensar y esa capacidad de pensar es la que se está debilitando. La capacidad para ver la realidad es la que se está desquiciando.

Octavio Paz, en un momento determinado cuando hablaba de la literatura y de la poesía, sostenía que había algunos problemas con relación a la creación poética y literaria, porque sostenía que el hombre estaba siendo afectado en la gracia de oír y en la gracia de decir. Si se tomara ese problema de Paz y se lo extrapolara al ámbito de nuestro tema, tenemos un problema todavía adicional: que estamos perdiendo la gracia de mirar la realidad; y estamos perdiendo la gracia de mirar la realidad en una suerte de correlación negativa, pues mientras más conocemos, mientras más información tenemos, mientras más libros leemos, mientras más citas de textos saquemos, mientras más lenguajes leemos, menos capacidad de pensar tenemos.

¿Por qué ocurre esto?, ¿por qué la alta inteligencia de América Latina está perdiendo ese potencial de pensar y nos estamos transformando en sujetos mínimos? Mínimos en todo, minimidad del ser humano, pero que es lo que el modelo económico actual exige. No hay que llamarse a engaño, un modelo tan excluyente y marginalizante, empobrecedor como el que en este momento enfrentamos en todos los países de América Latina, exige personas conformistas, y la conformidad exige que la gente no piense para que no desee, y que no desee para que no demande, y que no demande para que no presione, y, por lo tanto, que todo se pueda mantener en perfecto equilibrio.

No es un problema de exquisitez intelectual, ¿el preguntarse acerca de lo que pasa en América Latina? Lo que acontece hoy es producto de ir desfigurando y mutilando el pensamiento. En la vieja literatura, se exaltó la razón tecnológica o la razón instrumental o la racionalidad con apego a fines; de esta forma, se fue perdiendo la capacidad de mirar la realidad en el sentido griego de la palabra, de contemplarla, la condición *sine qua non* para cualquier teoría, ya que si no tenemos la capacidad de mirar la realidad, de verla, no tenemos capacidad de explicarla; lo cual se agudiza cuando exageramos el interés por explicar y encerrar la realidad con toda su complejidad, en una serie de esquemas conceptuales, donde todo se nos presenta perfectamente ordenado y equilibrado; no obstante, se nos coloca ante realidades falaces, porque la realidad no se ajusta a ningún esquema.

Los esquemas teóricos hay que encontrarlos, ya que están determinados fuertemente por las situaciones concretas que enfrentan; o, por decirlo en términos bastante generales, por la historia. Por ello, tenemos que ser capaces de recuperar la historia, la historia como el gran desafío de conocimiento, como la gran exigencia que siempre está fuera de cualquier construcción conceptual.

Es la gran aportación que nos ha dejado, entre otras, la Escuela de Frankfurt, escuela no suficientemente estudiada, relegada, desterrada, a pesar de tener quizás las figuras más prominentes de la segunda mitad del siglo XX, entre otros, Adorno. Su idea: la realidad siempre está más allá de cualquier estructura conceptual, por sutil que ésta sea, ya de inspiración fenomenológica o sistémica. Afirma que el real desafío del pensamiento está en poder pensar aquello que no ha sido pensado, aquello que está fuera de los límites del discurso organizado. Ése es el desafío del hombre, enfrentarse a lo inédito, mirar lo desconocido, y eso es lo que hoy día está ausente en América Latina.

Este es el desafío que enfrentamos. Si no lo asumimos no hay posibilidad de construir algo y si no hay posibilidad de construir algo, entonces la historia terminó, y, en verdad, estaremos en presencia del fin de la utopía. Pero, afortunadamente, sí podemos hacerlo, y de hecho hay mucha gente que lo está tratando de hacer en América Latina.

Quisiera tomar un aspecto de lo que estoy señalando, por cuanto lo que estoy señalando puede ser trabajado en muchas direcciones. Desde luego, puede ser trabajado en la dimensión filosófica, epistemológica, etc. Pero hay una que no se puede dejar de trabajar: la implicación que tiene en el plano de la formación.

Se plantean serios problemas de formación. La gran crisis que, hoy día, uno puede constatar en las ciencias, en América Latina, implica una crisis en la forma de razonamiento o en las capacidades de razonamiento, lo que va más allá de una crisis de paradigmas o de la llamada crisis de utopía. En efecto, lo que está detrás de esta crisis es la pérdida de la capacidad de pensar la realidad. Si nos colocamos en esa óptica la discusión tiene que desembocar en una revisión de lo que está pasando hoy día en nuestros países, con los procesos formativos, desde las concepciones pedagógicas hasta las didácticas; es decir cuál es el espacio que se está ofreciendo para responder a los retos que nos está presentando la coyuntura actual de América Latina. Hay que recuperar a la gente como sujetos integrales, ante lo cual hay que tomar conciencia de algunos de los problemas que mencionamos.

¿Qué enseñamos?, ¿qué aprendemos?, ¿para qué enseñamos?, ¿para qué aprendemos?, ¿desde dónde enseñamos?, ¿desde dónde aprendemos? Estas no son preguntas de fácil respuesta, porque no suponen solamente conocimiento teórico ni menos técnicas. Antes que eso suponen algo más elemental, que es comprender el momento que vivimos. El momento que vivimos, el hoy, el ahora y el aquí. Preguntémosnos, ¿sabemos qué pasa hoy?, ¿entendemos qué pasa hoy?, ¿sabemos en qué consiste el actual momento histórico por el que está pasando América Latina? En lo personal, tengo dudas a este respecto. Creo que hay una gran variedad, hay una gran anticipación de discursos de carácter ideológico-valórico, pero no están planteándose las preguntas centrales, porque no estamos siempre en la disposición de hacernos esa pregunta central: ¿qué pasa hoy con el momento histórico?, el momento histórico en el cual estamos viviendo y desde el cual y en el cual estamos construyendo teorías y conocimientos.

Preguntémosnos sobre los grandes discursos de la liberación de hoy. Se han escrito textos y textos y más textos y suman miles de páginas, los llamados metadiscursos de la liberación del individuo en el contexto de la globalización; pero, ¿qué función cumplen? Como que da el deseo de decir que si queremos liberar al hombre, hagamos que el discurso de la liberación sea un discurso que le llegue a la gente, que no sea de especialistas, porque, a veces, la deformación intelectual lleva a eso y puede llevarnos a la conclusión de que solamente serán libres los ilustrados; sólo serán libres los capaces de entender los discursos de liberación. Ello sería un retroceso enorme y una mala concepción de la ilustración. Tenemos que aproximarnos al hombre concreto. Y decir hombre concreto significa a lo menos dos cuestiones que habrá que entender cabalmente.

Primero, entender al sujeto concreto en los espacios concretos en que vive, trabaja y se desenvuelve y desde los cuales busca sentido a su propia vida, ya que los espacios de la cotidianidad se han olvidado. Segundo, implica algo que, aparentemente, es más fácil de resolver, pero que tampoco está claramente resuelto: comenzar a establecer una relación con el sujeto en el conjunto de sus facultades, no sólo de algunas de éstas. Me refiero a las facultades humanas, porque no podemos limitar el proceso de formación, como algunos ya lo están haciendo, sólo a determinadas dimensiones, como ser, a la facultad del entendimiento, y, a su vez, reducir ésta a la capacidad de hacer.

Creo que aquí hay tema importante, como es revisar el concepto de sujeto, clara y explícitamente, de acuerdo al modo como está, en este momento, requiriendo ser reformulado, según las exigencias del momento histórico. No podemos limitarnos a la concepción del

Homo Sapiens, como tampoco a la concepción del Homo Faber que es la que hoy día se está exaltando. Hay otras dimensiones, como esas viejas dimensiones que hace cuarenta o más años fueron enunciadas, por primera vez, con muy pocos seguidores: la dimensión de Homo Ludens, descrita en el texto de Huizinga, texto viejo, pero actual, que nos ha dejado planteado una serie de desafíos.

Recuperar la enseñanza de lo que significa conjugar este conjunto de dimensiones en el proceso de crecimiento intelectual, tanto en el plano volitivo-emocional como en el intelectual, es uno de los desafíos. Sin un individuo capaz de armonizar el conjunto de sus facultades no se puede desarrollar la capacidad de mirar la realidad; si no se desarrolla la capacidad de mirar la realidad, no se puede actuar sobre ella; puesto que no se pueden reconocer opciones ni se puede construir algo, porque se carece de la capacidad de reconocer sentidos.

Podemos estar incluso recuperando en este tipo de argumentaciones las viejas aportaciones que vienen incluso de los griegos, y olvidarnos de ello podría ser fatal como, de hecho, lo ha señalado mucha gente. Menciono un ejemplo que es ilustrativo de lo anterior. Volver a recuperar esa conjunción que hasta Platón fue relativamente armónica, como es lo que ellos llamaban la articulación entre dos tipos de racionalidades que coexisten en el ser humano: la razón inerte, que es la razón del entendimiento analítico, lo que hoy día hemos exaltado, que se comenzó a sobredimensionar desde el Renacimiento, especialmente con la filosofía mecánica del siglo XVII; y esa otra racionalidad que quedó desperdigada, separada, disociada, que algunos discursos postmodernos, bien o mal, pretenden recuperar, la que los griegos llamaban razón erótica, que tiene que ver con el mundo de lo intuitivo, de lo emocional, de lo volitivo; y que hoy día no se desarrolla.

Una manifestación de por qué no se desarrolla es la ausencia cabal, sistemática y creciente en los programas de formación, por ejemplo, en ciencias sociales, de materias tan fundamentales como la literatura. La literatura no tiene ninguna presencia en la formación de los científicos sociales de hoy; mientras menos presencia, mejor. Comenzó con la ausencia de la literatura, pero siguió con otras, como la filosofía y la historia, para dejar un espacio desmedido, solamente, a las técnicas.

De alguna manera, lo que estaba llamando la glorificación de la razón instrumental, en la terminología de esta dicotomía, sería la razón inerte, lo demás no cuenta, ni siquiera la vida privada, ni siquiera la vida cotidiana, con lo que estamos mutilando más y más al sujeto.

El problema señalado ha sido analizado desde hace tiempo; mas al observar que, a pesar de haber sido analizado desde hace tanto tiempo, no hay capacidad reactiva frente a ello, produce pesadumbre. Menciono los textos de Marcuse, entre otros, de comienzos de los 60, cuando planteó la idea del hombre unidimensional, lo que hoy día está plenamente consolidado. No obstante, lo más grave es que no solamente está consolidado por una lógica económica y tecnológica que lo está exigiendo, sino que lo que consideramos como rescate del sujeto, no está repercutiendo en ningún sujeto, pues se busca rescatar más bien pedazos de sujeto, hilachas de sujeto, pobres sujetos que no son sujetos, que son más bien consumidores obedientes y conformistas, que han perdido la capacidad de asomarse a la realidad, de verla en lo que tiene de inédito, porque lo inédito es lo propio de la condición humana.

El significado de lo que decimos es que el ser humano siempre está incompleto y tiene la necesidad de su despliegue para realmente enriquecerse y no quedar atrapado; por eso siempre debería estar rompiendo parámetros. Sin embargo, hoy día lo queremos encajonar, lo queremos momificar y lo estamos momificando, o sea, lo estamos reduciendo, como pretenden algunos teóricos, al transformarlo de sujeto en función.

Cabría preguntarse ¿dónde queda ese remanente de lo humano?, ¿el conjunto de roles hacen a un ser humano, o un ser humano es capaz de desplegarse en muchos roles?, ¿cómo nos vamos a plantear el problema?, porque si me lo planteo en un sentido o en otro las consecuencias, no solamente teóricas sino prácticas son enormes. Si vemos al ser humano en el conjunto de roles, nos quedamos sin ningún remanente de esa capacidad del hombre de crear cosas distintas a aquellas pautas de roles que lo están conformando.

Lo que se ha llamado lo irrebalsable de lo humano, eso irrebalsable se está rebalsando. Lo que en el campo de la educación se ha llamado la tecnologización de la subjetividad, no consiste sino en transformarse en buenos portavoces del contexto, pero sin la menor capacidad de reaccionar frente al contexto ni menos construirlo. Somos hombres de las circunstancias, pero no somos hombre frente a las circunstancias. Estamos determinados por ellas y, en ese sentido, estamos moldeados por ellas y somos expresión de esas circunstancias que otros sujetos crean, limitándonos a ser exponentes de esas circunstancias con una mínima o ninguna, capacidad de crear circunstancias o de colocarnos frente a ellas, frente a los contextos y verlos desde otra perspectiva.

¿Cómo se puede resolver lo que planteamos? Es el desafío. Para asumirlo tenemos que partir de nuestra conciencia histórica para enfrentar el excesivo dominio de teoría y de sistemas, y de conceptos que van para allá y para acá, que los traducimos sin mediación de ningún tipo desde la química o de la física, de donde sea. Somos los humanos seres determinados históricamente, sin embargo, no sabemos lo que es la historia. Lo que implica no saber colocarse frente al mundo, no saber colocarse ante la sociedad. Hasta el siglo XVIII esto lo hacía el hombre de manera más o menos sistemática, incluso hasta el siglo XIX, era difícil encontrar un autor científico, que no construyera su constructo desde marcos que eran los de su visión de la realidad.

Descartes, por ejemplo, construye (que ha sido lo que ha permeado la herencia intelectual cartesiana hasta hoy) desde una teoría del mundo, que dura todavía hasta el siglo XIX. Por su parte, en el siglo XX, que es el siglo donde el conocimiento ha alcanzado desarrollos vertiginosos, se han perdido esas visiones de la realidad, se ha perdido la visión de mundo. Es a lo que alude Husserl, en su crítica a la ciencia europea, en un texto clásico, donde señala que todo ha quedado reducido a una pura tecnología intelectual, perdiendo, por lo tanto, el pensamiento. Es lo que ha pasado en los últimos 60 años.

Lo que ha pasado en los últimos 60 años, con muy pocas excepciones, es un predominio avasallador de esta tecnología intelectual, y que hoy día se pretende llevar al plano del sujeto concreto. Ya no se trata de formar sujetos que piensen, sino tecnólogos en la perspectiva de la lógica de los recursos humanos. Hay que ser tecnólogos eficientes, aunque no se sepa para qué ser eficiente; ése es un problema que no me incumbe. Simplemente, hay que ser eficiente, pero ¿para qué?, ¿desde dónde?, no importa. No se trata de transformar a la realidad en un gran objeto que debemos comprender de una vez para siempre como fue la pretensión de la filosofía decimonónica. Podemos estar de acuerdo con la crítica que hoy día se formula a esas visiones de totalidad de la realidad, que era lo que perseguía el hombre desde siempre; quizás carezcan de sentido. Pero, esto es muy diferente a renunciar al esfuerzo de pensar la realidad como una articulación dinámica, aunque esa articulación dinámica nunca llegue a ser el contenido de una formulación. En el fondo lo que se busca no es la articulación del mundo, tan compleja y a veces indomable, sino más bien, la recuperación del sujeto pensante.

Este es un sujeto capaz de pensar desde lo fragmentario, desde lo parcial, aquello que puede incluir a lo fragmentario y a lo parcial, para lo cual se requiere de un sujeto pensante con el conjunto de sus facultades y no solamente con el entendimiento. Desafío que hoy el

mundo científico no se lo ha planteado y, si se lo ha planteado, no lo ha resuelto. Uno de los indicadores de lo que decimos es la abundancia de textos que provienen, de las ciencias naturales más que de las ciencias sociales, cuando se trata de cuestiones éticas en relación al conocimiento científico.

¿Qué pasa con la ética? Es tal vez una manera de tomar conciencia de que hay conciencia, de que estamos sin conciencia, de que hay algo que no funciona. No es extraño, entonces, que la relación entre conocimiento y ética haya surgido precisamente de una de las ramas más desarrolladas de las ciencias, que es la física, y, probablemente, desde la biología por los tremendos experimentos biogénéticos que se están llevando a cabo. No obstante, no tenemos resuelto el problema de la postura racional que supone corregir, recuperar la capacidad de mirar el mundo; lo que antes se resolvía en un sistema filosófico cerrado, hoy no se puede resolver del mismo modo, lo que se puede es desarrollar una capacidad de pensar que no necesariamente es teórico, sino que cumple el papel de colocarnos en la historia.

La realidad siempre está más allá de cualquier teoría y de cualquier límite conceptual; la capacidad del hombre consiste en transgredir esos límites, límites que no se transgreden solamente en el plano de la gran construcción teórica, sino también en la vida personal, cotidiana de cada uno. Estos problemas están presentes no sólo en la academia, sino en los sujetos que hacen la realidad todos los días.

Si desde la cotidianidad de cada uno no somos capaces de ver más allá de los límites que la conforman, más allá de los parámetros que la definen y la atrapan, entonces no estamos pensando, sino simplemente estamos siendo sujetos-reflejos de circunstancias, pero no sujetos capaces de colocarse frente a las circunstancias y leerlas en términos de otras lógicas que muestren diferentes horizontes de vida. Opción: he ahí un concepto clave de la historia de la humanidad, porque si no fuera así todavía estaríamos en la Edad Media o en la patrística, pero no estamos ni en la patrística, ni en la Edad Media, ni estamos con Giordano Bruno. Estamos mucho más acá, porque como se ha dicho y repetido, eso ha sido posible, y ése es el punto central; por eso esta discusión tiene que ver con el proceso formativo, con la capacidad del hombre de pensar en contra de su propia razón, lo que lo distingue de cualquier otra especie animal. Es decir, de la capacidad de pensar en contra de sus verdades, de sus certidumbres, como advertía Lakatos.

Lo que decimos nos lleva a un gran tema que quisiera mencionar para finalizar esta exposición. El gran tema de las ciencias humanas de hoy (que se discute sin duda y hay aportaciones de muchos latinoamericanos) es resolver la relación entre los discursos disciplinarios y la cuestión de sus límites.

Enfrentamos más que una crisis de paradigma, una crisis de los límites disciplinarios; porque la realidad sociohistórica nos está exigiendo pensar más allá de estos límites. Como decía hace ya tiempo Edgar Morin, hay más realidad entre dos disciplinas que en dos disciplinas aisladas.

¿Cómo poder arreglar la mente, en el caso de los especialistas, para pensar más allá del sistema clasificatorio de las ciencias que heredamos del siglo XIX y que no hemos modificado? Hay un desafío que no es exclusivamente metodológico o epistémico de los especialistas en la construcción del conocimiento social. Es un problema de formación.

El otro gran problema, que tampoco tenemos resuelto, a pesar de los intentos que se han hecho, en el pensamiento clásico de fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, es cómo resolver la relación entre el *discurso teórico*, el *discurso disciplinario* o *transdisciplinario*, si

resolvemos el problema de los límites, con un tema que tiene una serie de connotaciones que no terminamos de experimentar, el *problema de la utopía*.

Hoy día se discuten separadamente ciencia y utopía. El problema está en que, con esa separación, no vamos a resolver el problema ni de la utopía ni de la ciencia, la solución está en la relación entre ambas. La cuestión está en cómo se resuelve la incorporación de la utopía en la construcción de un discurso disciplinario riguroso, que tenga sus propias exigencias en términos analíticos, pero aunada con exigencias que podamos vincular con el concepto de utopía. En otras palabras, cómo está presente la utopía en los distintos discursos disciplinarios.

Diría que vivimos una época en que como nunca se está construyendo un discurso desde la utopía; pero, con una diferencia, hoy día la utopía se calla.

La utopía se calla porque el discurso construido desde la utopía tiene actualmente la pretensión desmesurada de identificarse con la realidad. Estamos viviendo un momento en que muchos de los discursos que hoy día el hombre maneja, entre ellos el económico, pretenden ontologizarse, esto es consustanciarse con la realidad, en la medida en que el discurso aparece como lo real. Por lo cual, se percibe como no utópico, que es el punto que hay que discutir, por cuanto la utopía no es ontologización del tiempo futuro, sino la versión de los muchos tiempos futuros.

Así, un país ha tenido muchas historias pasadas, también tiene, como lo ha dicho la Escuela de los Anales, muchos futuros posibles. Eso ha sido siempre así en la historia. Hoy estamos viviendo un momento en que los múltiples futuros posibles se callan y se aplastan por un discurso que pretende haber atrapado la realidad de una vez para siempre y que, por lo tanto, ha resuelto, con su propia construcción, el problema de la utopía. Lo que nos crea una situación de bloqueo que nos deja inermes, absolutamente desconcertados ante el fin de la utopía. Esto significa que no hay más tiempo futuro, que la humanidad llegó, en el sentido hegeliano de la palabra, a la última etapa. Se pretende que vivamos en un presente perpetuo que se autorreproduce eternamente.

Hoy día, volvemos a reiterar una situación, no de inspiración religiosa, sí de inspiración económica: el tiempo futuro nadie lo atrapa, sólo lo puede atrapar el desquiciamiento mismo de las condiciones de reproducción de la humanidad. Si no es posible seguir sosteniendo los múltiples futuros posibles, el problema está en saber reconocer las opciones, y esas opciones son uno de los desafíos más grandes. Es en esa lectura de las opciones donde tiene un papel la utopía, porque no podemos leer las circunstancias que nos están determinando si no lo hacemos desde una exigencia de futuro.

Por lo tanto, la utopía está en todos los espacios del sujeto, no sólo en los grandes espacios de la historia; también en los pequeños espacios en que cada uno de nosotros se desenvuelve y define sus opciones de vida; en las construcciones de vida que cada uno puede reconocer como posibles en determinado momento, ahí también hay utopía, y eso implica rescatar al sujeto.

Estos desafíos, no son epistemológicos ni metodológicos ni técnicos; son desafíos que nos están planteando la necesidad de ver el momento histórico, pero exigen ser traducidos en procesos de formación.

Hay que optar entre ser sujeto constructor de su propia realidad o ser sujeto inerte, ilustrado, pero inerte, sometido a las limitaciones de las circunstancias, en una suerte de determinismo mecánico. En este caso, no podemos ser más que un sujeto mínimo, una forma de

subalternidad. En muchos países, el proceso formativo contribuye a crear subalternidad, no sujetos pensantes.

Nuestra reflexión puede conducir hacia muchas direcciones; sin embargo, aquí hemos retomado una, sin excluir otras, como es la recuperación de la conciencia histórica, que es la capacidad de mirar la realidad y transformarla en la premisa desde la cual se pueda construir conocimiento. Supone una capacidad de razonamiento que hay que cultivar, de ahí que esta problemática tenga necesariamente que traducirse en una conexión fecundante entre la ciencia y la pedagogía, en un sentido amplio y creativo; pues si no se traduce en procesos formativos no pasa de ser el discurso entre especialistas que dicen todas estas cosas simplemente para tranquilizar las propias conciencias y después, felices, se van al consumo diario. Cuidado con estas esquizofrenias que son una forma de acomodación frente a las tensiones, un liberarse de todas las amarguras y de las pesadumbres que se transfieren a otro, para, luego, seguir felices. Hay que asumir el problema en términos de los oficios, de las profesiones de cada cual, ya sea que construyan conocimiento, ya sea que enseñen, o, en este caso, que trabajen la conexión entre enseñar y construir conocimiento.

Siempre estamos enfrentados a la pregunta esencial: ¿qué estoy haciendo?, ¿cómo enfrente el futuro?, ¿qué reconozco como opciones?, ¿cómo vinculo la memoria, tanto colectiva como personal, con la construcción del futuro?, ¿qué necesidad tengo de futuro?, ¿cómo traduzco esa necesidad en acciones constructoras desde lo cotidiano? Es una pregunta integral que tiene que ver con el papel de los intelectuales, pues no somos ajenos a lo que ha pasado en nuestros países. Es muy fácil transferir las responsabilidades. No obstante, el problema está en tomar conciencia de qué fue lo que pasó con el pensamiento, ¿pensamos realmente a nuestros países?, ¿los pensamos como una realidad con todas sus limitaciones o los inventamos? América Latina es un continente plagado de discursos sin sujeto y de muchos sujetos que todavía no encuentran su discurso. Es el punto de partida y de llegada de esta reflexión.